

Reflexiones de una derrota. Una *Controversia* sobre socialismo y democracia

Diego Martín Giller

Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

El presente trabajo se propone analizar las relaciones entre socialismo y democracia en la particular experiencia de la revista *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, editada por un grupo de intelectuales argentinos exiliados en México durante fines de la década del setenta y principios de la del ochenta. En tiempos de alta peligrosidad política, la aceptación de la derrota política de las izquierdas argentinas en la década del setenta fue el elemento que permitió repensar esas complejas relaciones.

Palabras clave: socialismo – democracia – exilio – México – derrota – intelectuales argentinos

Abstract

This paper analyzes the relationship between socialism and democracy in the particular experience of the review *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, edited by a group of Argentine intellectuals exiled in Mexico during the late seventies and early eighties. In times of high political danger, acceptance of the political defeat of the Argentine left in the seventies was the element that allowed rethink these complex relationships.

Keywords: socialism – democracy – exile – México – defeat – Argentine intellectuals

Introducción

El presente trabajo se propone analizar las relaciones entre socialismo y democracia en la particular experiencia de la revista *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, editada por un grupo de intelectuales argentinos exiliados en México durante fines de la década del setenta y principios de la del ochenta. En tiempos de alta peligrosidad política, la aceptación de la derrota política de las izquierdas argentinas en la década del setenta fue el elemento que permitió repensar esas complejas relaciones.

Algunas cuestiones sobre los orígenes de *Controversia*

Controversia. Para el examen de la realidad argentina fue una experiencia tan corta como intensa. En los trece números publicados entre octubre de 1979 y agosto de 1981¹ se condensaron un conjunto de debates dedicados a revisar críticamente las concepciones que se habían elaborado en los años previos en la Argentina. Así, la evaluación de la actuación de la guerrilla tanto como la rediscusión de las relaciones entre socialismo y democracia se superpuso con las reflexiones sobre los derechos humanos, la crisis del marxismo y el exilio. Se trató de una experiencia de transición entre una época que se iba y otra que empezaba a emerger.

Dirigida por Jorge Tula, estuvo integrada por José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán y Carlos Ábalo². *Controversia* es el producto de la convergencia entre el peronismo de izquierda y el socialismo marxista quienes al interior de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) habían conformado la Mesa Peronista y el Grupo de Discusión Socialista. Ambos expresaban tendencias que en la historia de las izquierdas argentinas se desplegaron por líneas paralelas, cuando no antagónicas, al interior de ese campo. El ejercicio de componer un mismo consejo de redacción en una misma tribuna es una de las singularidades salientes de esta experiencia. Sin embargo, no lograron fundirse en un mismo grupo que pueda definirse de manera unívoca y homogénea. O para decirlo con mayor precisión: no es que no lo hayan logrado sino que no formaba parte del objetivo inmediato. Al menos eso se deja leer en el editorial³ del primer número:

(...) habida cuenta de la amplia gama de posiciones en la reflexión ya iniciada, esta revista no intentará practicar sincretismo alguno en aras de una apriorística confluencia. Esta, en todo caso, se dará luego de un amplio y profundo debate, que apenas se inicia, sobre nuestro pasado, nuestro presente y sobre ese futuro incierto que pretendemos modelar. (*Controversia*, 1979: 2)

Pero entonces, ¿qué es lo que llevó a socialistas y peronistas de izquierda a emprender una empresa común que excedía el puro denunciado que caracterizaba a las demás revistas exiliares? Para ello hay una sola respuesta: la aceptación de la derrota política. Reconocimiento que cobraba especial relevancia no sólo por haber hecho públicas las consideraciones sobre el fracaso, trascendiendo de ese modo los confines de la mera privacidad, sino porque se elaboraba en momentos en que Montoneros, sin reconocer derrota alguna, lanzaba desde México su “contraofensiva militar” para retornar a la Argentina. Frente a esta perspectiva, que era en sí misma una estrategia política, *Controversia* se manifestaba sin ambivalencias en el primer editorial:

Muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no sólo es consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. (*Controversia*, 1979: 2)

El debate sobre socialismo y democracia

Robert Barros (1987) sostuvo que las discusiones sobre la significación contemporánea de las relaciones entre socialismo y democracia en el mundo de las izquierdas latinoamericanas habían asumido tres posturas. La primera de ellas partía de la oposición entre democracia “formal” y democracia “real”. Mientras aquella sería propia del capitalismo en tanto que “trampa burguesa” o “máscara de la dominación”, ésta

sobrevendría luego de la transformación de las relaciones de producción, convirtiendo a la restitución de las formas democráticas en un mero objetivo táctico de la clase obrera. La segunda posición asumía una idea liberal de democracia. Desechando al marxismo y al socialismo, se contentaba con el fortalecimiento de las instituciones y la constitución de reglas de juego claras. Enfrentada a esta forma dicotómica de concebir las relaciones entre ambos significantes, la tercera postura invocaba la necesidad de su convergencia. Así, la democracia deja de ser un problema de táctica política o una cuestión puramente procedimental para pasar a ser concebida como el escenario para la formación de un amplio movimiento democrático-popular.

Siguiendo el esquema propuesto por Barros, *Controversia* se ubicaría al interior de la tercera de esas posturas. El grupo editorial dedicó parte de su esfuerzo intelectual a revisar las concepciones que ellos mismos habían elaborado en los años previos: si los marxistas concibieron a la democracia como “una trampa burguesa”, la izquierda peronista la identificó “(...) con el símbolo de lo enemigo (...) sinónimo de antipueblo, de oligarquía, de imperialismo” (Schmucler, 1980: 5). Ese esfuerzo se cristalizó en un suplemento especial dedicado al problema de la democracia cuando la revista cumplía su primer aniversario. Como todo en *Controversia*, en torno de este problema no hubo una posición unívoca sino fuertes confrontaciones, que pueden identificarse en tres posiciones: (1) la concepción socialista de Portantiero y de Ípola; (2) la óptica peronista de Casullo y Caletti; y (3) la posición de Aricó, que partía del socialismo pero que tenía puntos de encuentro con algunas ideas de los peronistas de izquierda.

En su intervención, Portantiero (1980) trabajó sobre los dilemas de las relaciones entre socialismo y democracia. En la reflexión política latinoamericana en los años posteriores a la Revolución Cubana -cuya excepción la constituía Centroamérica-, el vínculo entre ambas nociones se habría desarrollado de un modo dicotómico. Cuando uno de los términos cobraba vigor, el otro tendía a ser desplazado: “(...) si entre la revolución cubana y el derrocamiento de Allende el tema de discusión era el socialismo, actualmente esa centralidad la ocupa la cuestión de la democracia” (Portantiero, 1980: 23). Ese desplazamiento de la idea de revolución a la idea de democracia no estaba exento de los pecados cometidos en el pasado, es decir, aquello que antes se presentaba como socialismo sin democracia –o al menos subordinada a aquel- corría el riesgo de pasar a concebirse como democracia sin socialismo:

Frente a la realidad del autoritarismo la respuesta política que disocia democracia de socialismo asume dos formas, de raíz similar. Por un lado, el restablecimiento mínimo de una democracia organizada desde arriba (y que no puede ser sino “restringida”) es visto como un “desiderátum”, como la perspectiva estratégica de mayor alcance que los límites de la realidad la hacen posible. Por otro lado, la separación de ambas instancias repliega la lucha por la democracia a un plano meramente táctico, espacio de propaganda para conquistar una etapa transitoria que deberá luego ser superada por una dictadura a la que se llamará socialismo. Esquemáticamente, el primer modelo es el acuñado por la II Internacional y su resultado una práctica socialdemócrata tradicional; el segundo involucra los temas del “frente populismo” diseñado por la III Internacional. (Portantiero, 1980: 23)

Para desarmar el histórico divorcio entre democracia “representativa” y democracia “consejista”, Portantiero recuperó el legado de Rosa Luxemburgo, fundamentalmente el folleto inconcluso de crítica de “La Revolución Rusa” donde advertía sobre los peligros de apoyarse exclusivamente en una “democracia radical” en detrimento de la democracia

representativa. Sin elecciones generales, libertad de prensa y libre confrontación de ideas, decía Luxemburgo, se apagan las instituciones políticas y triunfa el burocratismo.

Portantiero defendió la idea de democracia como una *producción* popular autónoma del Estado y de la economía, esto es, como una conquista histórica de las masas populares que no se derivaba necesariamente de una estructura. Aunque aludía al consenso, su construcción tenía mucho más que ver con el *conflicto*. Así, era concebida como “creatividad y transformación”, como “(...) una voluntad permanente de realización de lo nacional-popular” (Portantiero, 1980: 23).

La necesaria articulación entre socialismo y democracia no debía surgir “(...) de un hecho estatal sino como elemento constitutivo de un movimiento social que anticipe al socialismo en el interior del capitalismo” (Portantiero, 1980: 23). Percibida como proceso y no como punto de llegada, la democracia debía ser menos una táctica circunstancial que un modo de (auto) conocimiento y de constitución de sujetos políticos que no se encuentran definidos de antemano, sino que se van construyendo en la lucha misma. Así, la práctica democrática se trataba de un “(...) componente indispensable de la construcción socialista, entendida ésta como una acumulación histórica, política y cultural, a través de la cual se van recuperando los poderes alienados en el estado” (Portantiero, 1980: 24).

“Los dilemas del socialismo” no sólo es un ajuste de cuentas con algunos vectores de la tradición socialista, es también una disputa con esa otra tradición “(...) que hizo del culto al paternalismo estatal y al verticalismo hacia el jefe su condición de existencia” (Portantiero,

1980: 24): el peronismo. Frente a la alienación de los movimientos populares en el Estado que aquel promovía, Portantiero propuso recuperar esos elementos libertarios que anidaban en el pueblo argentino y que no habían comenzado en 1945. Esta perspectiva fue profundizada en un trabajo escrito en co-autoría con de Ípola, publicado en el último número de la revista. Bajo la hipótesis de que entre populismo y socialismo no hay continuidad sino ruptura, en “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes” intentaron contrastar, a través del filtro de la noción gramsciana de lo “nacional-popular”, los proyectos populistas latinoamericanos “realmente existentes” con los socialistas (de Ípola y Portantiero, 1981).

Entendido como una “(...) forma de realidad sociocultural producida y/o reconocida por una articulación entre intelectuales y pueblo-nación que, al expresar y desarrollar un espíritu de escisión frente al poder, es capaz de *distinguirse* de este” (de Ípola y Portantiero, 1981: 11), lo “nacional-popular” aparecía opuesto a lo “nacional-estatal” propio de los populismos de la región, que eran analizados no sólo en sus formas discursivas sino como movimientos políticos y fases estatales. Por su parte, la hegemonía en tanto que “(...) capacidad de una clase para la construcción de una ‘voluntad colectiva nacional-popular’ sostenida sobre una gran ‘reforma intelectual y moral’” (de Ípola y Portantiero, 1981: 11), será pensada como el elemento fundamental para cimentar un proyecto democrático y socialista, donde la democracia es entendida “(...) como el elemento más subversivo inherente a ‘lo popular’” (de Ípola y Portantiero, 1981: 12). Mientras los populismos “realmente existentes” fetichizan en el Estado los componentes nacional-populares, las masas explotadas, en su devenir por constituirse sujetos políticos a través de la construcción

de *contrahegemonía*, intentan recuperar para sí el contenido nacional “absorbido” por el Estado.

Inscrito al interior del peronismo de izquierda, Casullo (1980) diagnosticaba la enfermedad del debate de la época: a pesar de que la democracia aparecía como objeto reiterado de las preocupaciones de la intelectualidad, carecía de una claridad conceptual que ayude a pensar una política alternativa. Para superar esta afección, era necesario que el análisis del tema de la democracia logre situarse como una guía para reformular las formas de transformación social. La democracia tenía que establecerse no como un término mágico sino como una realidad.

A diferencia de la interpretación de de Ípola y Portantiero, Casullo sostenía que la aparición del peronismo había significado una redefinición de lo democrático en el escenario nacional argentino. La incorporación de la clase trabajadora transformó

(...) la cuestión del modelo de democracia en *lo democrático como conflicto profundo* (...) Este conflicto se verifica en relación a la disputa estatal y su despliegue en la sociedad, en relación a nuevas formas participativas que comienzan a desarticular un diseño histórico, en relación al Poder (la dominación en su más amplia lectura) y una crisis de hegemonía que ahora queda expuesta a través de lo subalterno como fuerza política actuante. (Casullo, 1980: 25, énfasis original).

En tanto que nombre de la experiencia histórica del sujeto político popular argentino, el peronismo constituía una tercera alternativa entre aquellos que postulaban la idea de democracia como formalismo parlamentarista y los que renegaban de ella por concebirla como “pura invención del enemigo”. Sin embargo, la construcción efectiva de esa tercera alternativa tropezaba con una dualidad histórica presente en la concepción política del

peronismo. Aquello que de Ípola y Portantiero ubicaban como dos polos exteriores y enfrentados (lo “nacional-popular” vs. lo “nacional-estatal”), Casullo lo integraba al interior del propio peronismo: de un lado, el peronismo como lucha democrática de las masas sostenida al interior de los espacios y diseños administrados por la dominación, del otro, el peronismo como desmitificación de la democracia burguesa.

Siguiendo la línea trazada por Casullo, Caletti (1980) sostuvo que el problema de la democracia comenzaba a cobrar una vigencia decisiva pero bajo la forma de “una historia sin resolver”. Para superar esa circunstancia, Caletti sugirió que en lugar de sumergirse en el debate europeo sobre la democracia como hacían los socialistas, había que enfrentarse a las evidencias que la problemática nacional presentaba y que fueron eludidas en los años setenta. Esas evidencias eran cuatro: (1) la discusión sobre el problema de la democracia en Argentina debía buscarse en la contradicción que desde 1930 se desplegaba entre democracia y movimiento popular; (2) esa contradicción en realidad era sólo aparente en tanto que la real se establece entre la dominación y el movimiento popular; (3) el discurso racional-democratista es propio de la tradición europea o “roquista”, pero ajeno a la Argentina de ese entonces; y (4) el peronismo, en tanto que nombre que asume el movimiento popular, es el mayor democratizador de la historia argentina y el único capaz de disputar la democracia que propone la dominación.

Estas constataciones demostraban que no se podía seguir oponiendo democracia y peronismo, pero que tampoco éste podía ser entendido exclusivamente como la relación de un líder con las masas o como el “(...) receptáculo de lo bárbaro, de lo instintivo, de lo

irracional o de lo inasible” (Caletti, 1980: 28). El peronismo, decía Caletti, es “(...) la madeja social básica de las clases populares en el país, (...) constituye un movimiento cultural si hablamos en código gramsciano. Es lógico, entonces, que en su interior se amasen las prefiguraciones del futuro” (Caletti, 1980: 28).

Para discutir las tesis de de Ípola y Portantiero (1981), y en virtud de la cercanía de posiciones, Casullo y Caletti (1981) publicaron, también en el último número de *Controversia*, un artículo en co-autoría. Además de una declaración de principios, el modo en que comenzaban significaba la firma del acta de defunción de la revista: “Un nuevo discurso que se define socialista se ha hecho presente entre nosotros, y en gran parte a través de las páginas de esta revista. El propósito de este artículo es anotar ciertas zonas de oscuridad en el pensamiento que lo sostiene y lo formula” (Casullo y Caletti, 1981: 7). Desde su perspectiva, el nuevo discurso socialista revalorizaba el problema de la democracia pero lo hacía soslayando la historia de su propia tradición tanto como sus variantes en el pasado reciente de la Argentina. Así, en lugar de hurgar en los fondos dramáticos de la historia nacional, habrían ido a buscar ideas producidas para otras realidades generando “(...) adaptaciones y traslaciones, antes que elaboración de interrogantes y respuestas nacidos desde nuestra propia encrucijada nacional” (Casullo y Caletti, 1981: 7).

Además, los socialistas se auto-adjudicaban ciertas crisis que tampoco les pertenecían. En clara referencia a la “crisis del marxismo” y el considerable lugar que se le había asignado en las páginas de la revista, Casullo y Caletti decían: “Lo discutible (o lo que puede

acarrear mayores confusiones) es que nuestros socialistas entren en ‘crisis’ ahora que ciertos teóricos europeos lo propician, y que lo hagan desde similares ópticas de desgarramientos que ellos” (Casullo y Caletti, 1981: 7). El hecho de que la revalorización de la democracia por parte de los socialistas de *Controversia* se haya producido a partir de la crisis del “socialismo real” fue también objeto de crítica. Y más porque ello significó que el problema de la democracia no hacía su ingreso a través del “movimiento popular, democrático e institucional” peronista sino por el descubrimiento de problemáticas exóticas respecto de la historia nacional, tales como el ecologismo, el feminismo y los extraparlamentarismos contestatarios europeos:

Olvidar la historia es, de muchas maneras, reiterarla. Y extrapolar historias (generación popular de valores, referencias e intenciones) es anular la nuestra: verla finalmente como la que no expone dilemas y sentidos políticos e ideológicos dignos de generar conceptualizaciones distintas y nuestras. (Casullo y Caletti, 1981: 10)

Frente a ello, la reivindicación del peronismo por parte de Casullo y Caletti encarnaba en la posibilidad de replantear las ideas de una teoría nacional. Tarea que involucraba también a los socialistas.

La participación de Aricó (1980) en el suplemento sobre el problema de la democracia podría ser ubicada en un punto intermedio respecto de Portantiero y de Ípola y Casullo y Caletti. Formado y situado “en la cultura socialista de matriz marxista”, Aricó sostenía que la ambigüedad de las relaciones entre socialismo y democracia no hacían sino revelar una tensión irresuelta en el movimiento socialista:

Tratando de no abandonar el campo de la democracia, los socialdemócratas olvidaron el socialismo. Aferrados al mito del socialismo como superador de la democracia, los comunistas

acabaron instalando una autocracia. Lo que quedo es cualquier cosa, pero nunca socialismo.
(Aricó, 1980: 15)

Desde su perspectiva, el problema de los debates sobre las relaciones entre socialismo y democracia en el cruce de los años setenta y ochenta en las izquierdas de América Latina podría rastrearse en la escasa atención que se le prestó a los procesos de transición encarados en los países de la Europa oriental en la segunda posguerra. Esos procesos

(...) partían de la unidad socialista y comunista (no organizativa, sino política y de objetivos) para proponerse la construcción de una democracia de avanzada (“nueva democracia”) con base en las reformas de estructuras y el pluralismo político (...) Rechazado el modelo soviético como único y excluyente, el método democrático aparecía connatural al proceso de transición a una forma de sociedad autorregulada (...) Las formas democráticas, antes negadas como “disfraces”, eran ahora valorizadas como expresivas de la morfología de la complejidad del movimiento social (Aricó, 1980: 15)

Sin embargo, allí también comenzaron a emerger un conjunto de tensiones que terminaron por romper la dialéctica entre democracia y socialismo. La principal de ellas, dirá Aricó, se derivaba del hecho de que toda propuesta de transición al socialismo era colocada en un plano productivista que, al ser esencialmente autoritario, termina por apagar la democracia. El meollo de la cuestión parecía estar colocado en el lugar asignado al Estado en los procesos de transformación. En este aspecto, las razones que lo alejaban de de Ípola y Portantiero eran las que lo aproximaban a ciertos planteamientos de Casullo y Caletti. En lugar de oponer lo “nacional-estatal” a lo “nacional-popular”, Aricó veía en esa dicotomía clásica del marxismo un dilema más profundo:

No se puede reorientar en un sentido anticapitalista el funcionamiento de la vida económica de una sociedad sin una decisiva presencia del Estado. Pero un proceso de estatalización creciente de la sociedad provoca un sofocamiento cada vez mayor de los espacios democráticos (Aricó, 1980: 15).

Para superar la fractura entre socialismo y democracia sin caer en una “tercera vía” alternativa al capitalismo y al “socialismo real”, cuyo riesgo era caer en la utopía o en la aceptación cínica de lo existente, se imponía necesario admitir al método democrático como camino de su efectivización. En suma, al incorporar el pluralismo político, organizativo, cultural e ideológico, el socialismo podría recomponer su dialecticidad con la democracia. En este sentido, el socialismo era concebido como la plena realización de la democracia.

Aricó sugirió que el punto de partida para repensar el problema de la democracia no debía ser solamente la crisis del marxismo y del mundo socialista, sino también, y fundamentalmente, tenía que tratarse de una indagación sobre la sociedad argentina en su conjunto y de su movimiento popular hegemónico: el peronismo. El examen de la democracia no podía reducirse a un análisis sobre las fortalezas del enemigo (militares, imperialismo, etc.), también suponía la pregunta por la realidad de los sectores populares, su propia interioridad y las razones de su propia debilidad. Ello no implicaba echar culpas sobre el peronismo; por el contrario, significaba abordarlo desde una autocrítica que comprometía a todo el espectro de las izquierdas. Si existía una debilidad fundamental de la democracia, esta se alojaba al interior del propio movimiento popular.

(Provisorias) palabras finales

De lo desarrollado hasta aquí pueden extraerse algunas conclusiones preliminares. En primer lugar, la aceptación de la derrota política por parte de todo el elenco que conformó *Controversia* significó la posibilidad de realizar una profunda autocrítica sobre las actuaciones y reflexiones que guiaron su práctica política previa. Segundo, también representó una transición entre la concepción de identidades monolíticas fuertes e identidades plurales y transversales. En tal sentido, la democracia aparece como el escenario para la producción de sujetos políticos plurales que no son definidos apriorísticamente. Por último, *Controversia* significó una anomalía de unidad en el campo intelectual argentino en tanto logró reunir peronistas y socialistas.

Sin embargo, aquellas esperanzas de sincretismo apuntadas en el editorial inaugural de la revista se vieron truncadas. Las viejas e históricas rencillas entre socialistas y peronistas emergieron poco a poco al interior de *Controversia*. Una vez más, la interpretación del fenómeno peronista operaba como factor de quiebre. De Ípola y Portantiero sentaban una posición inamovible: “(...) aquello que los socialistas asumimos como problema no será el populismo quien nos lo suministre como solución” (de Ípola y Portantiero, 1979: 11). Caletti (1980), por su parte, se interrogaba por los factores de la unidad y el futuro inmediato: “¿Podría afirmarse que todos los que estamos hoy por la democracia compartiremos mañana las mismas trincheras?” (Caletti, 1980: 27). Si de Ípola y Portantiero entendían que el peronismo significaba la consumación de una alienación de las masas populares en el Estado y en la figura de un líder, Casullo y Caletti creían que los socialistas también se habían alienado pero en el plano de la teoría, en el sentido de que se

terminaron apropiando de reflexiones y problemas que pertenecían a la realidad europea pero no a la Argentina.

Tras la publicación del número 14 en agosto de 1981 la revista dejó de aparecer. Dos años después se produjo el ansiado final de la más trágica dictadura militar de la historia argentina y los intelectuales nucleados en *Controversia* comenzaron a retornar al país. Tras el regreso, el grupo peronista y el socialista emprendieron nuevas empresas políticas que los mantuvieron nuevamente separados. Los primeros formaron parte de la fundación de la revista *Unidos* y los segundos hicieron lo propio con el Club de Cultura Socialista. Desde allí publicaron *La Ciudad Futura* y se convirtieron en colaboradores cercanos del gobierno de Alfonsín. Tanto unos como otros encontraron en el retorno democrático la confirmación de que sus ideas no se habían transformado en materialidad política: el peronismo no fue el sujeto que profundizó la democracia y el socialismo no apareció en el horizonte de posibilidades de los objetivos de la sociedad argentina. Pero ese análisis forma parte de otra historia...

Bibliografía

Aricó, José, 1980, "Ni cinismo ni utopía", *Controversia*, Año II, Números 9-10 (diciembre), pp. 15-17, México.

Barros, Robert, 1987, "Izquierda y democracia: Debates recientes en América Latina", *Cuadernos Políticos*, Número 52 (octubre-diciembre), pp. 65-80, México.

Caletti, Rubén, 1980, "Una historia sin resolver", *Controversia*, Año II, Números 9-10 (diciembre), pp. 27-28, México.

Casullo, Nicolás, 1980, "Desde el movimiento de masas o desde los mitos", *Controversia*, Año II, Números 9-10 (diciembre), pp. 25-26, México.

Casullo, Nicolás y Caletti, Rubén, 1981, "El socialismo que cayó del cielo", *Controversia*, Año II, Número 14 (agosto), pp. 7-10, México.

Controversia, 1979, “Editorial”, *Controversia*, Año 1, Número 1 (octubre), página 2, México.

De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos, 1981, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Controversia*, Año II, Número 14 (agosto), pp.11-14, México.

Portantiero, Juan Carlos, 1980, “Los dilemas del socialismo”, *Controversia*, Año II, Números 9-10 (diciembre), pp. 23-24, México.

Schmucler, Héctor, 1980, “La Argentina de adentro y la Argentina de afuera”, *Controversia*, Número 4 (febrero), pp. 4-5, México.

Tula, Jorge, 2009, “En el exilio mexicano”, *Controversia. Para el examen de la realidad argentina*, Buenos Aires, Ejercitar la memoria.

¹ El número 13 nunca apareció, saliendo en su lugar el número 14. Nadie recuerda las razones de esa confusión, aunque circulan dos versiones. Una dice que se trató de un error del editor. La otra, que fue un producto de la superstición. Poco antes de morir, Jorge Tula lo recordaba así: “La otra anécdota es la publicación del número 14, sin que hubiera aparecido el 13. Si fue producto de superstición, o un error a la hora de fijar el número en la tapa, todavía es motivo de debate. Esto dio pie para que nuestro querido Oscar Terán escribiera un relato en el que el protagonista es un investigador que un siglo más tarde (...) se fatiga revisando minuciosamente las bibliotecas en la búsqueda del ejemplar número 13, presuntamente agotado” (Tula, 2009: 6).

² Además de recibir la asidua colaboración de Emilio de Ípola, Oscar del Barco y Ernesto López, se publicaron artículos de David Viñas, Julio Cortázar, León Rozitchner, Fernando Henrique Cardoso, Ángel Rama, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio y entrevistas a Jorge Luis Borges, Christine Buci-Glucksmann y Nicos Poulantzas.

³ Si bien el artículo no lleva firma, se presume que fue escrito por Tula con el consenso de los demás integrantes.